

## ORACIÓN

Señor y Hermano Jesús:

Tú dijiste que “tu Padre nos enviaría en tu nombre el Espíritu Santo y que Él nos recordaría lo que nos enseñaste y nos lo explicaría todo”.

Tú conoces la pobreza y la aridez de nuestro corazón.

Te pedimos que tu Espíritu nos lo refresque, nos lo ilumine, nos haga entender tu Evangelio.

Nos lleve sobre todo a fiarnos de Ti y de tu Padre, a seguirte en fe confiada y amorosa, y a poner nuestro grano de arena para construir paz y vida en nuestro entorno. AMEN, ASI SEA.

## TEXTO

### MARCOS 10,17-31

«<sup>17</sup>Y, andando él por el camino, corriendo uno y arrodillándose, le preguntaba: “**Maestro bueno**: ¿qué haré para que herede la vida eterna?”.

<sup>18</sup>Pero **Jesús** le dijo: “¿Por qué me dices ‘bueno’? Nadie es **bueno** sino uno, Dios. <sup>19</sup>Conoces los mandamientos: *no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no defraudarás, honra a tu padre y a tu madre*”.

<sup>20</sup>Pero él le dijo: “**Maestro**, guardé todos ellos desde mi juventud”.

<sup>21</sup>Pero **Jesús**, mirándolo, lo amó y le dijo: “Una cosa te falta: вете, vende todo cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, sígueme”.

<sup>22</sup>Pero él, entristecido por esta palabra, se marchó apenado; porque era teniendo muchos bienes.

<sup>23</sup>Y, mirando en derredor, **Jesús** dice a **sus discípulos**: “¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!”.

<sup>24</sup>Pero **los discípulos** se asombraron de estas palabras de él.

Pero **Jesús**, respondiendo de nuevo, les dice: “**Hijos**, ¡cuán difícil es entrar en el reino de Dios! <sup>25</sup>Es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios”.

<sup>26</sup>Pero ellos se admiraron aún más diciéndose entre ellos: “¿Y quién puede salvarse?”.

<sup>27</sup>Mirándolos, **Jesús** dice: “Para los hombres es imposible, pero no para Dios; porque todo es posible para Dios”.

<sup>28</sup>Empezó **Pedro** a decirle: “He aquí que nosotros *hemos dejado todo y te hemos seguido*”. <sup>29</sup>Dijo **Jesús**: “En verdad os digo que nadie hay que *haya dejado casa, o hermanos o hermanas o madre o padre o hijos o campos por mi causa y por el evangelio*, <sup>30</sup>que no reciba el céntuplo ahora, en este tiempo, en casas, hermanos, hermanas, madre, hijos, campos, con persecuciones, y en el tiempo venidero, la vida eterna. <sup>31</sup>Pero muchos primeros serán los últimos y los últimos, primeros”».

## COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (10,17-22)

- Jesús, tras exaltar a los niños como modelo del discipulado en el reinado de Dios, tiene ahora enfrente a un representante radicalmente diverso de la humanidad, un hombre rico que se le acerca para hacer una pregunta sobre la consecución de la vida eterna. Sin embargo, esta cuestión respecto a su riqueza cabe también en el «código de virtudes domésticas», el modelo que comenzó en 10,1. A diferencia de los niños, cuya debilidad, dependencia y descalificación en el ámbito de la Ley eran proverbiales, este hombre no solo es una persona acomodada materialmente, sino también «rica» en la observancia de la Torá (cf. Flp 3,6-8). Jesús, sin embargo, percibe en las riquezas del hombre un impedimento para su participación en el reinado de Dios y por su propio bien le incita a abandonarlas y seguirlo.

Al principio, el acercamiento del hombre, impaciente y reverente a la vez (10,17a), se empareja con su salida triste y malhumorada, al final (10,22). En medio, Jesús responde a la primera parte de la pregunta del hombre («Maestro bueno»: 10,17b) con una contra-pregunta («¿Por qué me llamas bueno?»: 10,18a) y una referencia al credo central de la Torá, la *Shemá* (10,18b). A continuación, Jesús contesta a la segunda parte de la pregunta («¿Qué haré para heredar la vida eterna?»: 10,17c) con una referencia a otro pasaje crucial de la Torá que tradicionalmente iba unido a la *Shemá*, el Decálogo (10,19). Pero la respuesta del hombre, a saber: que él observa ya esos mandamientos (10,20), replicada por la incitación de Jesús a abandonar todo y seguirlo (10,21), transfiere el diálogo del ámbito de la Torá al del reinado de Dios (cf. 10,23), terreno en el que el hombre rico es incapaz de seguir a Jesús. Dramáticamente, pues, la gran ruptura acontece entre 10,20 y 10,21.

- 10,17-20: Después del diálogo privado con los discípulos acerca del divorcio (10,10-12) y de la bendición de los niños (10,13-16), que tienen lugar en una casa, Jesús sale de camino (10,17a), al parecer con sus discípulos a remolque (10,23-31) y probablemente rumbo ya a Jerusalén (cf. 10,32). Sin embargo, el viaje se ve interrumpido por un hombre que corre hacia Jesús y se pone de rodillas ante él (10,17b). Su velocidad refleja la urgencia de su pregunta, y su postura arrodillada muestra su reverencia ante el que cree que puede contestarle (para el motivo de postrarse ante los dioses, los hombres santos y los reyes, cf. 1Re 19,18; 2Re 1,13; 1Cro 29,20; Mc 15,19). El hombre llama a Jesús «maestro bueno» y presentando la cuestión que lo ha impulsado a venir: «¿Qué haré para heredar la vida eterna?» (10,17c).

La respuesta preliminar de Jesús (10,18-19) encaja a la perfección en el ámbito de la Ley y expresamente en el del Decálogo (Ex 20,1-17; Dt 5,6-21). Su parte inicial alude a la *Shemá* de Dt 6,4-5, considerada por judíos y cristianos primitivos como el equivalente de la primera tabla del Decálogo, que trata de las relaciones entre el pueblo y Dios. La segunda parte de la respuesta (10,19) cita la segunda tabla, que se refiere a las relaciones entre los seres humanos. Estas observaciones sugieren una cercanía entre nuestra perícopa y el diálogo sobre el núcleo de la Ley en 12,28-34: en ambos casos Jesús recibe el título de «maestro», le formulan una pregunta relacionada con las exigencias centrales de la Torá y responde en términos que resumen las dos tablas del Decálogo; sin embargo, en ninguno de los dos casos la observancia de estos mandamientos basta para la entrada en el reinado de Dios («falta una cosa» y «no estás lejos del reinado de Dios»).

Sin embargo, el modo concreto con el que Jesús comienza su respuesta demostró ser un problema para los cristianos durante siglos: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno salvo uno, Dios» (10,18). No podría haber ninguna otra ilustración más dramática de lo que Karl Barth -haciéndose eco de Kierkegaard- ha llamado «*la infinita distinción cualitativa*» entre Dios y la humanidad; Jesús parece situarse dentro de la humanidad pecadora al distinguirse así del único ser bueno, Dios. A nivel del Jesús histórico, esta solidaridad con la humanidad pecadora concuerda plenamente con la participación de Jesús en el «bautismo de conversión para el perdón de los pecados» de Juan Bautista (1,4).

Jesús pregunta: «¿Por qué me llamas bueno?», y atribuye esta cualidad solo al Dios Único, pero *al instante siguiente* el mismo Jesús demuestra un poder y misericordia divinos al adivinar sobrenaturalmente el obstáculo secreto que turba a su interlocutor, y amorosamente le ofrece la solución (10,21). En respuesta a la pregunta del hombre sobre el modo de heredar la vida eterna, Jesús señala la segunda tabla del Decálogo (10,19). Las dos terceras partes desde el inicio de esta lista corresponden más o menos a un patrón normal, pero *hay dos sorpresas* al final, que revelan algo del interés especial que muestra nuestro pasaje:

1) El autor presenta el penúltimo mandamiento de la serie como «No defraudarás» en vez del esperado «No codiciarás». Este hincapié sobre *las acciones injustas a las que el ansia de posesiones puede conducir* está de acuerdo con las interpretaciones judías del décimo mandamiento, pero es posible que el pasaje destaque también el tipo de explotación del campesinado que era común entre los grandes terratenientes del siglo I en Palestina.

2) En la conclusión misma de la lista, Jesús inserta una referencia al mandamiento de honrar a los padres, que procede del final de la primera tabla del Decálogo. Este orden insólito, que por su colocación en último lugar parece asignar una importancia especial al mandamiento de honrar a los padres, puede relacionarse con *el emplazamiento de nuestro pasaje* en una sección del evangelio que destaca la posición de Jesús como padre, unido a Dios, de una nueva familia cristiana (cf. comentarios a 10,13-16 y 10,28-31). Jesús ha mostrado ya simbólicamente su amor por sus seguidores concediendo una bendición paternal a los niños que habían venido a él (10,15-16); ahora, del mismo modo, demuestra su afecto paternal para con un discípulo potencial tratando de conducirlo al camino en el que se halla la felicidad verdadera.

El hombre contesta a la cita del Decálogo por parte de Jesús: «Maestro, guardé todos ellos desde mi juventud» (10,20). No hay razón alguna para dudar de su sinceridad.

➤ 10,21-22: La intensa mirada de Jesús penetra en el alma del hombre rico («mirándolo») y con una intuición dirigida por el afecto paternal («amándolo») hace que el obstáculo salga a la luz: «Una cosa te falta» (10,21a). Así pues, irónicamente, este hombre que «tiene todo» carece aún de una cosa necesaria (cf. Lc 10,42), el don de estar lo suficientemente libre de sus bienes como para seguir sin reservas la llamada de Jesús. Si ahora, unos pocos versículos después de la referencia a la bondad única de Dios, Jesús aparece dibujado de manera que combina la benevolencia con una capacidad espiritual extraordinaria, debe pensarse que lo que el Maestro oferta al hombre rico es *una manifestación del poder y la misericordia divinos*.

Jesús le ofrece una prescripción para su cura: «Vete, vende todo cuanto tienes y dalo a los pobres» (10,21b). Muchos exegetas han seguido el camino de Clemente de Alejandría, quien insiste que este precepto no debe ser interpretado literal sino alegóricamente; el precepto de venderlo todo significa que el hombre debe librarse de su preocupación y pasiones acerca de su riqueza, no de la riqueza misma. Los que toman el precepto literalmente basan sus argumentos en el paralelo de Mateo, que va precedido de una condición: «Si quieres ser perfecto» (Mt 19,21); esta precisión condujo a muchos teólogos medievales a distinguir entre «consejos de salvación», apropiados para todos, y «consejos de perfección», dirigidos solo para el clero (!), situando este precepto en la última categoría. Otros limitan el alcance de la prescripción de Jesús, enseñando que iba dirigido solo a este hombre particular. El Jesús de los evangelios no hace nunca de la pobreza radical una condición universal del discipulado y, en verdad, desde épocas muy tempranas, hubo una amplia diversidad de doctrinas cristianas acerca de la riqueza. En Marcos mismo, aunque Jesús instruya a sus discípulos a no llevar nada en su viaje misionero, lo hace porque confía en que los demás socorrerán sus necesidades (6,8-11); por consiguiente, debe haber gente que no ha regalado todo, por lo que el precepto de hacerlo así se dirige a un pequeño grupo y no a la totalidad de la comunidad marcana o a la gente en general. En este caso, además, el hombre rico podía ser un terrateniente, el cual habría estado más preocupado por la creación de riqueza que por el bienestar de los colonos que trabajaban sus tierras; en este caso, entonces, la prescripción de Jesús de «vende todo lo que tienes y dalo a los pobres» se dirigiría a la corrección de una distorsión espiritual («una cosa te falta»), así como a rellenar el vacío físico de los estómagos de quienes el hombre ha explotado («y dalo a los pobres»).

El hombre rico, sin embargo, se muestra incapaz de confiar en Dios de la forma que Jesús le sugiere. Tras las palabras del Maestro, se torna triste y desolado, y se aleja agobiado por la pena (10,22). Este rápido cambio desde el entusiasmo y la búsqueda ardiente a la tristeza y el resentimiento es una maravilla artística en el relato bíblico: el retrato, rápidamente bosquejado por Marcos, de los altibajos del hombre rico al confrontarse con Jesús evoca su descripción de Herodes Antipas, un maníaco depresivo confrontado a Juan Bautista (6,14-29), y anticipa personajes shakespearianos como Claudio en *Hamlet* y Antonio en *Medida por medida*, quien oscila entre sus aspiraciones a una nueva vida y el tirón de sus pasiones y su adicción al poder. O, para volver a las imágenes de nuestro evangelio, el antihéroe del relato trae a la memoria la tierra mala en la parábola del sembrador, que representa a la gente entre la que «los cuidados del siglo y el engañoso atractivo de la riqueza y

el deseo por otras cosas... ahogan la palabra», o a quien recibe la palabra con alegría pero desaparece inmediatamente cuando el camino se torna áspero (4,16-19).

Resulta en verdad paradójico que *el único individuo* en el evangelio de quien se dice explícitamente que Jesús lo amó, termine por rechazar su llamada. En el siguiente pasaje veremos cómo este misterio se extiende más allá de la muerte y la resurrección de Jesús en las vidas de sus seguidores, quienes se encontrarán enormemente enriquecidos por nuevas casas, familias y campos, aunque descubrirán también que estas bendiciones vienen «con persecuciones» (10,30).

## SEGUNDA UNIDAD (10,23-31)

- El hombre rico, incapaz de aceptar el reto de Jesús para comenzar una nueva vida de discipulado, se retira desconsolado. Entonces el Maestro se vuelve hacia sus seguidores con el fin de extraer para ellos algunas lecciones del infeliz encuentro.

Formalmente, el coloquio entre Jesús y los discípulos se divide en dos partes, 10,23-27 y 10,28-31, cada una de las cuales finaliza con un proverbio (10,27c; 10,31). En la primera, las enseñanzas de Jesús sobre el peligro de la riqueza alternan con las expresiones de asombro por parte de los discípulos. En la segunda parte, la afirmación de Pedro de que los discípulos han hecho lo que Jesús pide va seguida de una promesa de este sobre las recompensas de tal sacrificio. Así, mientras la primera sección acentúa el coste del discipulado, la segunda destaca sus recompensas.

- 10,23-27: Los peligros de la riqueza. Cuando el rico se va (10,22), Jesús se gira para dirigirse a sus discípulos (10,23a), gesto que sugiere la importancia para ellos de la cuestión que ha provocado la marcha de ese hombre. Considerando la cariñosa reacción de Jesús a la pregunta inicial del hombre (10,21), su exclamación «¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!» (10,23b) significa probablemente no solo un veredicto negativo sobre su retirada, sino también la decepción y la sorpresa de que alguien se oponga a la oferta de un tesoro en el cielo por amor a las recompensas terrenales.

Si la declaración inicial de Jesús contiene un elemento de sorpresa, el asombro de los discípulos ante la respuesta es aún mayor (10,24). Ciertamente, toda esta primera subdivisión de nuestro pasaje alterna referencias del Señor a las dificultades de la entrada en el reino (10,23.24b-25.27) y las descripciones del escándalo por parte de los apóstoles (10,24a.26). Se percibe una progresión desde la dificultad a la imposibilidad, desde el rico hasta todos los seres humanos y hacia niveles cada vez más grandes de asombro por parte de los apóstoles. Al final, sin embargo, *la omnipotencia de Dios triunfa* sobre la desconcertante incapacidad de los humanos.

El relato no declara la razón de la sorpresa de los discípulos ante la exclamación inicial de Jesús, pero al parecer concierne a la actitud negativa del Maestro hacia la riqueza. La sorpresa se produce dada la sintonía de los discípulos con ciertas tradiciones deuteronomicas y sapienciales que sugieren que los que obedecen los mandamientos de Dios serán recompensados con la prosperidad en este mundo (por ejemplo, Dt 28,1-6; Prov 10,22; Eclo 11,17). Sin embargo, incluso la tradición sapiencial del Antiguo Testamento no es inequívocamente positiva sobre la riqueza (cf., por ejemplo, Prov 11,28; 16,8; 19,1.10; 22,1; 28,11) y existen ásperas críticas a ella y exaltaciones de la pobreza en otros lugares del Antiguo Testamento, sobre todo en los Profetas (por ejemplo, Is 10,1-4; 53,9; Am 2,6-8; Miq 20,1-5). También los salmos elogian con frecuencia al pobre, cuyo única esperanza es Dios y critican al rico que los explota y persigue (por ejemplo, Sal 10,2-11; 12,5; 37,12-22).

Así pues, no es evidente por qué los discípulos en Marcos quedan sorprendidos ante la denuncia de la riqueza por parte de Jesús, especialmente cuando ellos mismos han subordinado ya el ansia de riquezas a la llamada del reinado de Dios (1,16-20; 2,14), hecho al que Pedro aludirá enseguida (10,28). Ciertamente, una comunidad como la de Marcos habría necesitado patronos ricos si algunos de sus miembros hubieran seguido ya las directrices de 10,29, apartándose de la unidad primaria de subsistencia económica en el mundo antiguo que era la familia. Por tanto, algunos de la comunidad marcana sintieron probablemente un alivio al oír a Jesús declarando al final que la salvación de los ricos, humanamente imposible, era posible para el poder de Dios (10,27).

Sin embargo, antes de que pueda deducirse esta conclusión alentadora, Jesús incrementa el asombro de los discípulos afirmando que la entrada en el reinado de Dios es difícil no solo para el rico sino para todos (10,24b-25). Esta observación, sin embargo, no disminuye la seriedad de la advertencia sobre el obstáculo que suponen las riquezas para la participación en la marcha triunfal de Dios en el mundo, que Jesús repite en 10,25. Mientras que los seres humanos piensan generalmente en la riqueza como un bien absoluto que proporciona el acceso a una vida plena, Jesús la describe paradójicamente como un impedimento para el logro de lo que es realmente importante: «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios» (10,25). Esta imagen, deliberadamente grotesca, utiliza ideas tradicionales. El camello, que era el animal más grande nativo de Palestina, era proverbial por su tamaño, mientras que el ojo de la aguja era proverbial por su pequeñez. La consecuencia obvia de este punzante dicho, tomado aisladamente, consiste en que es imposible para el rico entrar en el reino de Dios, una suposición, sin embargo, a la que se ha opuesto *una tenaz resistencia* en la historia de la interpretación. Más preocupante aún ha sido el encaje de este dicho con la afirmación de Jesús sobre la dificultad general de entrar en el reino divino, lo que implica que el número de los que finalmente lograrán introducirse en él es, ciertamente, muy limitado. La respuesta de los discípulos está así justificada: «¿Quién puede salvarse?» (10,26). La respuesta lógica a la pregunta de los discípulos parecería ser que el pobre es quien será liberado y esta es ciertamente la respuesta que da Jesús en otros lugares de la tradición (Lc 6,20; St 2,5). En el pasaje presente, sin embargo, Jesús cambia el tema de la conversación sobre el conjunto que se salvará al agente de la salvación, combinando su conclusión con esa suerte de mirada cariñosa con la que se había dirigido al rico en la historia precedente: «Mirándolos, dijo Jesús: “Para los hombres es imposible, pero no para Dios; pues todo es posible para Dios”» (10,27). A causa de esta vinculación con el pasaje anterior, hay que relacionar probablemente el verbo con *la gracia divina que transforma lo imposible en posible*, creando un nuevo pueblo de Dios a partir de un material humano sin esperanza..., una interpretación apoyada por la palabra «hijos» en 10,24 y por el eco en 10,27 del anuncio angélico en Gn 18 sobre un nacimiento milagroso que llevará a Israel a la existencia.

- 10,28-31: Las recompensas del discipulado. Esta parte tiene su punto de partida en la afirmación enfática de Pedro de que él y sus condiscípulos habían hecho ya lo que el hombre rico no se había decidido finalmente a cumplir, a saber, dejar todo para seguir a Jesús (10,28). Este responde con dos largas sentencias que son en gran parte simétricas (10,29-30). Esta simetría destaca la afirmación de que *no se perderá nada importante a causa del discipulado*; en verdad, los elementos abandonados serán sustituidos al ciento por uno. Pero hay también un contraste asombroso entre los beneficios prometidos para «este tiempo» y la única recompensa garantizada para la edad futura, lo que implica que esa, la vida eterna, es más valiosa que todas las ventajas de la edad presente. Es también significativo que el sintagma «con persecuciones» ocupe un lugar paralelo a la precisión «por mí y por el evangelio»: compartir con Jesús su proclamación de la buena nueva, cargada de poder, significa también tener parte en sus sufrimientos (cf. Flp 3,10).

Estos versículos hacen hincapié en que seguir a Jesús puede suponer una separación dolorosa de los miembros de la familia (cf. 1,18-20; 13,12-13), pero a la vez prometen que los cristianos descubrirán una nueva familia en la Iglesia, así como nuevas «casas» (u «hogares») y «campos». La referencia a campos es interesante ya que recuerda Hch 4,32-37, donde un hombre rico vende un campo y pone los beneficios a los pies de los apóstoles; este pasaje entero, con Hch 2,44-45, proporciona una imagen gráfica de la «familia» cristiana en Jerusalén que comparte todo y que apoya a los necesitados entre ellos gracias a la generosidad de los ricos. Aunque este cuadro sea una idealización, no hay duda de que los cristianos primitivos eran conocidos por su apoyo mutuo, considerado a veces excesivo por los extraños. Esta *conciencia de familia* aparece por todas partes en el Nuevo Testamento (Jn 19,26; Rom 16,13; 1Tm 5,1-2) y tiene profundas raíces en el Antiguo Testamento. Pero hay algo en lo que nuestro pasaje es más radical que los precedentes, ya que habla de *abandonar a los parientes* más que de ser abandonado por ellos. Esta actitud más agresiva, manifestada también en otros lugares de la tradición sobre Jesús (cf. Mc 1,18-20; Mt 8,21-22 // Lc 9,59-60; Mt 10,34-36 // Lc 12,51-53), entra en tensión con el cuarto mandamiento, que manda honrar al padre y la madre (Ex 20,12 // Dt 5,16), precepto que Jesús acaba de citar con aprobación en 10,19. Hay una discordancia, pues, entre el cuarto mandamiento, que en el Antiguo

Testamento y la tradición judía promete bendiciones en esta vida y en la próxima a los que honran a sus padres, y la tradición de Jesús que promete bendiciones similares a los que los abandonan.

Sin embargo, la idea de rechazar a los padres por el reinado de Dios tiene también un precedente veterotestamentario en la descripción deuteronomica de Leví, «quien dijo de su padre y madre: “No los tengo en cuenta”; Leví no hizo caso de su familia y no consideró a sus hijos» (Dt 33,9).

Aparte de esta tensión con el cuarto mandamiento, lo más asombroso de la lista de miembros de la familia perdidos y hallados en 10,29-30 son *sus dos omisiones*. Primera, no hay referencia ninguna al abandono del marido o de la esposa, lo que concuerda con la enseñanza de Jesús sobre el matrimonio indisoluble en 10,1-12; es lógico, pues, que Lucas, cuyo Jesús habla realmente del abandono de la esposa (18,29; cf. 14,26), omita también la doctrina sobre el matrimonio indisoluble. Segundo, no hay tampoco referencia alguna a los padres en la lista de nuevos parientes en 10,30, aun cuando sean mencionados en la lista de miembros abandonados de la familia en 10,29. Es probable que Dios tome el lugar del padre terrenal, pero teniendo en cuenta el hecho de que Jesús acaba de referirse a los discípulos como a sus propios hijos (10,24) y la posible imagen paternal cuando toma a los niños en brazos en 9,36, más su bendición a los pequeñuelos en 10,16 y su mirada cariñosa en 10,21, es también concebible que Jesús mismo actuara como figura paterna para los cristianos marcanos que habían quedado huérfanos.

El contexto escatológico lleva al versículo final de la perícopa, la famosa declaración de que los primeros serán los últimos y los últimos, los primeros (10,31; cf. 9,35). El flujo del pensamiento en el pasaje sugiere que muchos de aquellos, como el hombre rico, que han tratado de hacerse los «primeros» manteniendo sus propiedades y sus relaciones familiares estables «en este tiempo», serán los últimos en el *eschaton*, el tiempo final. A la inversa, aquellos como los discípulos, que han dejado todo y se han hecho así los «últimos», serán los primeros, una posición de privilegio anticipada por la generosidad de la «vida familiar» experimentada ya dentro de la comunidad cristiana. Pero es también posible interpretar 10,31 como una *advertencia contra la arrogancia* de los apóstoles que matiza la promesa dirigida a los discípulos en 10,30: a pesar de los privilegios que ahora disfrutaban, todavía podrían encontrarse con que se han quedado cortos. Esta interpretación estaría en consonancia con la representación global de los discípulos en nuestra perícopa y en el conjunto del evangelio.

La yuxtaposición de 10,31 con la predicción de la Pasión en 10,32-34 sugiere una posibilidad exegética más ominosa aún: si el primero será el último, entonces Jesús, que por sus derechos es el «primero» (Col 1,15), debe hacerse el último y el siervo de todos por medio del sufrimiento y la muerte brutal y vergonzosa en la cruz (cf. 10,45; Flp 2,6-8); pero si el último será el primero, hay también esperanza de que él, con cuantos lo siguen «en el camino» del sufrimiento y la muerte, experimentará el poder de la resurrección escatológica precisamente porque ha transitado por este camino (cf. Flp 2,9-11). En el siguiente pasaje, esta inversión hallará su expresión más explícita cuando Jesús aluda al cumplimiento de las esperanzas mesiánicas (el Hijo del Hombre que se acerca a Jerusalén), su descenso al valle de la muerte y su resurgimiento de ese valle «después de tres días».

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza